

Dios está azul

Juan Carlos Abril (Universidad de Granada)

[Mármol, José (2012). *Lenguaje del mar*, Madrid: Visor. XII Premio Casa de América de Poesía Americana]

José Mármol (Santo Domingo, República Dominicana, 1960, no confundir con el escritor homónimo argentino del siglo XIX) es un poeta ya conocido en España y por supuesto muy conocido en los circuitos de la poesía hispanoamericana. Autor de una obra notable desde que a los veinticuatro años publicara *El ojo del arúspice* (1984), su trayectoria biobibliográfica sería difícil de resumir en una reseña, y sólo vamos a citar que en España se editó en Bartleby Editores *La invención del día* (2000) y en Visor Libros *Deus ex machina y otros poemas* (2001). Además, Bartleby editó también un volumen de ensayos suyos titulado *Cansancio del trópico* (2006) y, más recientemente, Visor, en su colección La Estafeta del Viento, le publicó, junto a Basilio Belliard, la antología *La poesía del siglo XX en República Dominicana* (2011).

Lenguaje del mar se alzó con el XII Premio Casa de América de Poesía Americana y es un gran libro que se lee de una vez y posee momentos de gran tensión. Quizá, en ese sentido, lo primero que llame la atención sea la aparente serenidad de los versos (*sin sorpresa ni tiento*: 28). Parece que esta poesía se centra en las reflexiones y en el pensamiento, que nace de la interiorización de los conflictos externos, en una suerte de decantación en el yo de todo lo que nos ocurre, nuestros propios problemas o perturbaciones psíquicas, y los problemas que acuden desde afuera. Pero es solo una impresión, ya que ese pensamiento está plagado de anécdotas y referencias al exterior, se nutre del exterior. De hecho no es nada sin ese mundo exterior.

Si partimos del propio título, *Lenguaje del mar* es una interiorización del exterior —el mar— hecha lenguaje, convertida en *lógos*, racionalizada y puesta al servicio de la poesía. Ese mar que aparentemente está quieto y que contemplamos, se llena de zozobra o se contamina con nuestras inquietudes, como en «Naturaleza viva» (62), donde a través de la contemplación o noción del mar como abstracción, se llega a la conclusión en el verso final de que «nunca descansa el mar». O en este otro espléndido poema, «Día de playa», que nos gustaría citar completo, pero del que solo extraemos los primeros versos: «Parecía un día logrado, / el día más hermoso de la tierra. / Un ángel frustrado se avecina, en cambio, / una fiera cargada de soberbia y furor.» (57). El mar, por tanto, como reflejo de inestabilidad tras la aparente estabilidad de su calma azul, de su proyección en nuestra mirada que se funde con el horizonte, de esa eternidad que

cantara Juan Ramón Jiménez en los poemas del mar del *Diario de un poeta recién casado* (1916), y que un poco antes, en 1910, resumiera en sus *Baladas de primavera* con la frase «Dios está azul». José Mármol lo plasma así, en una de las composiciones más luminosas del libro:

AZUL DEL MAR

Azul es el color de lo serenamente bello,
de cuanto se asemeja a la perfección de Dios.
Azul cielo. Azul mar.
Azul el camino de la convicción y la certeza.
Azul, cómo no recordarlo,
ese azul del metileno que azuzaba los delirios
en la estación infante e la fiebre y los sollozos.
Aldabas contra el miedo. Aldabas de ilusión.
Aldabas insinuando el perfil de su vigor.
Metales en las puertas de mi barrio de polvo,
Espacios donde oculta la tristeza su pudor.
Azul es el tamaño de la fascinación.
Azul es el calor de la arena de tu pecho.
Azul como mi casa de la infancia, enfermo y solo.
Azul cielo. Azul mar. (29)

Composición que, como contrapunto, tendrá una réplica en el poema final —y no es casual que ocupe ese lugar, sino que espoleará de manera retroactiva todo el libro— con «Aldaba antigua» (66). Por tanto, se respira en *Lenguaje del mar* esa plenitud juanramoniana, pero como decimos también hay inquietud en «Tormenta» (14), «Enojo» (21), «Tempestad» (26), «Desconcierto» (47), o «Separación» (48), por citar algunas de esas interferencias que se interponen en la visión ideal e idílica y la realidad más cercana, porque «Allí todo es tan bello que no puede ser real» (de *Ocaso*: 52). Por eso un poema como «Horizonte» (20), donde se funde la imagen final del mar y el cielo, la abstracción pura en la que la mirada se funde con la percepción y los deseos, posee un final donde «Más allá del más allá, / la percepción empieza a trillar su desvarío». Locura en el extremo, sí, pero también en la cumbre de los deseos y anhelos individuales, como en «Caracola» (53), donde el poeta, a modo de epitafio, pide «Que de mi tumba techo el mar caribe sea», uniendo ambas imágenes, la del mar y del cielo en un mismo binomio indisoluble. En cualquier caso, en «Caracola» se transparenta las auténticas intenciones del poeta, que hace del mar un todo en el que adentrarse: «Ese mar que huele a mujer desnuda, / el de las estridencias y el remanso, / el de lenguajes sordos y resabios, / el mar que llevo dentro, / el mar de mis ensueños y mis largas vigiliadas, / el contorsionista, el de azules malabares, / el mar que disimula el llanto de sus ahogados».

En cualquier caso, en esa introspección abstracta que simboliza el mar, hay un interesante proceso de despojamiento del yo en el que el poeta —convengamos que autor y la voz poética coinciden en un mismo narratario— se acerca al mundo exterior de una manera peculiar: a través de esa

borradura de la identidad, se deja que hable el mundo, y he ahí que surge ese *Lenguaje del mar*, que funciona como auténtica matriz del libro, como eje que describe lo que acontece o el discurrir de las cosas. El mar siempre está ahí como motor de la mirada, el sujeto se anula y el mar lo traspasa, lo llena: «Otra vez el mar, otra vez, / me asusta con su idioma de penas y de formas» (de *Cuento de sirenas*: 58). Los elementos de ese idioma «de penas y de formas» son heteróclitos, y no lineales en una lista plana: el mar es un poliedro a través del cual miramos desde las playas con los cuerpos hermosos, provocativos y sensuales, que son lo más cercano a ese mar en, por ejemplo, «Sanquipanqui» (41), o «Rapsodia tropical» (56), hasta ciudades como París, donde el poeta visita los lugares que habitó Julio Cortázar (*Rue Saint Honoré*: 36), Nueva York en «Why not» (38), Ávila, buscando a «Santa Teresa de Jesús» (46), o en Berlín, asombrado por una nevada, refugiado en la habitación de un hotel (*Promesa*: 54), etc. O desde otro plano, «Casuchas» (pp. 22-23), en donde se ofrece una lectura solidaria hacia lo colectivo y la preocupación social en un texto ciertamente sobrecogedor que deberíamos matizar aquí de modo más extenso.

Muchas más cosas podríamos decir y apuntar sobre este magnífico libro que nos regala José Mármol, y esperamos haber despertado la curiosidad de los lectores, pues sin duda de eso se trataba, dejando ahora el turno al lector para se acerque él y compruebe con sus propias apreciaciones la calidad de esta poesía que viene de América para instalarse entre nosotros, pero que también hace el camino inverso hacia allá en un amplio y rico diálogo de tradiciones y hermandad de nuestra lengua.